

BELÉN MONTALVO



(DES)HACER LAS AMÉRICAS

**Una crónica real
desde Estados Unidos**

 **geoPlaneta**

BELÉN MONTALVO



(DES)HACER LAS AMÉRICAS

**Una crónica real
desde Estados Unidos**

geoPlaneta 

(DES)HACER LAS AMÉRICAS
Una crónica real desde Estados Unidos

1ª edición
geoPlaneta
Av. Diagonal 662-664. 08034 Barcelona
info@geoplaneta.es - www.geoplaneta.com

© Editorial Planeta, S.A., 2024
© Textos: Belén Montalvo, 2024

Autora representada por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria

ISBN: 978-84-08-28390-4
Depósito legal: B. 19.620-2023

Impresión y encuadernación: Rotoprint
Printed in Spain — Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



SUMARIO

Una introducción	9
1. Mi sueño americano	17
2. Cinco años de intentos	21
3. Mi primera vez. Y mi segunda	33
4. El Miami de ayer... y el Miami de hoy	37
5. Una autopista surrealista	43
6. La absurdez de la búsqueda (de vivienda)	49
7. Burocracia, deuda y picardía	55
8. Familias distintas (y paralelas)	71
9. El cuartito, dramas y decisiones	81
10. La tarjeta verde (esperanza)	99
11. La sangría no siempre es una bebida	107
12. Con la policía hemos topado	119
13. El racismo desde dentro y desde fuera	131
14. Idiomas mejores y peores	141
15. Roger	155
16. Echando de menos a «papá Estado»	161
17. Los programas de casas y de tiburones	169
18. El colapso de Miami	181

19. Carmen	185
20. Con la Iglesia hemos topado	193
21. El sueño americano de Jamie y Beto	207
22. Experiencias XL	215
23. Haciendo trampas	227
24. El mejor seguro es el que no se utiliza	231
Agradecimientos	253

MI SUEÑO AMERICANO

Se dice que hay que tener cuidado con lo que se sueña, porque, a veces, se cumple. Mi sueño desde la adolescencia había sido siempre irme a vivir a Estados Unidos.

Mi sueño, al igual que este inicio, no era muy original. De hecho, ya tenía nombre desde antes de que yo lo soñara: «el sueño americano». Aunque para mí el sueño americano tenía un componente de éxito al que yo personalmente nunca aspiré. Que te descubran en el metro de Nueva York y te hagan supermodelo, o triunfar en Hollywood, o abrir una empresa con cuatro perras y hacerte rico. Para mí, ese era «el sueño americano» tradicional. Y en mi sueño americano sin grandes ambiciones yo solo quería una vida tranquila, como la de las familias con las que me alojaba durante el verano cuando mis padres me enviaban a Estados Unidos. Yo quería una casa, en vez de un pisito. Un jardín grande donde corrieran mis perros. Un todoterreno automático. Cenar en familia a las siete de la tarde y hacer tortitas los domingos. Un ambiente laboral que me supusiera un reto, pero que fuera también divertido y, en cierto modo, más relajado, sin los ERE ni los ERTE. Quería hablar en inglés, que para algo lo había aprendido. Y quería, sobre todo, salir de España, salir de Madrid, irme a un lugar que fuera más amable, más cómodo, más próspero, con una economía más estable, con menos cicatrices, con menos crispación. Ese era «mi sueño americano» particular. Mi fantasía de que, al otro lado del charco, me esperaba un mundo mejor.

Pero, aunque Estados Unidos se jacte de ser tierra de inmigrantes, no te recibe con los brazos abiertos. Al contrario, los mantiene bien cruzados y eres tú quien, con tu esfuerzo y también con mucha suerte, los tienes que ir abriendo.

En el año 2008 vi cómo una compañera de la agencia de medios publicitarios en la que trabajaba conseguía el traslado a las oficinas de Nueva York desde Madrid. Yo me había casado dos años antes con mi novio de toda la vida y no me atreví ni a decir en la oficina que a mí eso también me interesaba, pero me dio mucha envidia porque yo ya estaba intentando por mi cuenta hacer algo similar.

Meses más tarde fui a verla a Nueva York. Vivía en un piso diminuto y viejísimo en un edificio que se caía a pedazos en el Lower East Side de Manhattan. Me contó que había tenido que conseguir ser avalada por un estadounidense para que se lo alquilaran sin tener que pagar todo el año por adelantado. Tenía que caminar dos manzanas con su bolsa de la ropa sucia para poner la lavadora cada semana. Trabajaba muy cerca de Times Square y me acerqué a visitar las oficinas. Ella pasaba ocho horas al día en un cubículo cerrado completamente por una especie de paneles de moqueta verde desde donde no veía ni oía a nadie a su alrededor en todo el día. Lo que hacía allí no era ni la mitad de creativo o estratégico que su anterior trabajo en Madrid, pero estaba en Nueva York, en la ciudad más difícil. Por algo dicen que si logras tener éxito allí, lo puedes lograr en cualquier sitio. Me contó que ella —tan buena persona, extrovertida y simpática como era— no había sido capaz de hacer ni un solo amigo, alguien con quien tomar algo al salir de trabajar. Incluso comer en la oficina con algún compañero o parar unos minutos para tomarse un café con alguien le estaba resultando complicado. Su novio, un estadounidense que, irónicamente, vivía desde hacía unos años en Madrid, se había negado en rotundo a acompañarla

en esa aventura. Sin embargo, en una visita fugaz ella se quedó embarazada. «Yo me vuelvo —me dijo, mientras se acariciaba la barriga—. Me vuelvo con él a Madrid. Yo aquí sola no paro ni de coña, muchacha.»

Al día siguiente, mi entonces marido llegó a Nueva York y yo cambié el sofá cama de mi amiga por una habitación en el hotel Four Seasons. Fuimos de compras por el SoHo y vimos un musical en Broadway. Y nada, absolutamente nada de la experiencia negativa de mi amiga me desanimó para seguir viéndome a mí misma teniendo una futura vida fabulosa en Estados Unidos. Quizá ella había tenido mala suerte. Quizá no había sabido jugar bien sus cartas. Quizá no era para tanto lo de los amigos. Quizá Nueva York no fuera la mejor ciudad. Quizá yo disfrutara más de la soledad que la comía a ella. Quizá...

Además, cuando volvió de Estados Unidos, terminó consiguiendo un trabajo muy superior al que habría podido acceder sin contar con esa aventura americana suya. Es más, aquel trabajo anodino en Times Square se convirtió mágicamente en la experiencia más valiosa de su currículum, ya que luce muchísimo haber trabajado en NYC, en «primera división», y quien te contrata luego en España te imagina presentando estrategias a grandes directivos a todas horas en una sala de reuniones acristalada con sillas de cuero del bueno, y no picando datos en un cubículo forrado de moqueta verde.

Es decir, que en mi cabeza mi sueño americano no tenía fisuras: yo lograría tener una vida infinitamente más feliz en Estados Unidos que en España. Y en caso de que no funcionara, por lo que fuera, siempre podía volver a Madrid triunfal, con trabajos a patadas y sueldo de directivo. Lo había visto y era posible. Ahora solo tenía que conseguirlo.

Je.

CINCO AÑOS DE INTENTOS

A pesar de que yo había hecho justo ese año entrevistas para un trabajo en Nueva York (que finalmente no conseguí), en el momento en el que volví de aquel viaje eliminé la gran ciudad de mi lista de preferencias. Seguí enviando currículums sin parar, sobre todo para trabajar en Boston, intenté conseguir becas para estudiar un máster, me informé de cómo conseguir ser profesora visitante. Me cambié de empleo en Madrid a otra multinacional también con oficinas en Estados Unidos, ya que sabía que existía la posibilidad de conseguir un visado tipo L desde esa posición tras llevar un año contratada. Pasé de trabajar para una marca de coches de lujo a llevar la publicidad de una cadena de supermercados, y el trabajo era un auténtico peñazo. Pero nada más cumplir mi primer aniversario comencé a moverme. Hablé con Recursos Humanos. Les dije que me quería ir a otro país. No me hicieron mucho caso. Insistí. Como no parecían de gran ayuda, comencé a buscar por mi cuenta. Encontré una oferta laboral de *Account Manager* en la oficina de Chicago. Hice unas cuantas entrevistas telefónicas que fueron muy bien y convencí a mi padre, que se acababa de prejubilarse, y a mi tía C. para viajar los tres a esa ciudad. Podríamos hacer turismo y, ya de paso, yo podría pasarme por la oficina y conocer a la persona que me había estado entrevistando. Se llamaba Paul y, quién sabe, podría llegar a ser mi jefe.

En Chicago, una ciudad que no conocía hasta ese momento, me encontré con un Nueva York más limpio. Una

ciudad inmensa y preciosa. Unos rascacielos imponentes. Un río y un lago alucinantes. Los museos, una auténtica maravilla. Esculturas enormes para disfrute de todos en muchas calles, parques y plazas. Cientos de opciones para comer. Transporte público. Mucha vidilla.

Cuando llegué a la oficina, diminuta en comparación con la de Madrid, conocí a Paul y él me presentó a todo el mundo. Se respiraba un ambiente muy distinto, mucho más familiar. Los compañeros tenían pelotas de béisbol firmadas al lado de las fotos de estudio de sus hijos enmarcadas sobre sus mesas. Paul era un hombre poco más mayor que yo y encantador. Hacía frío, porque ya estaba comenzando el mes de noviembre, pero, como él dijo, aún era solo frío normal, no «frío miserable», que es como llaman ellos allí a las temperaturas de -20 grados centígrados.

El proceso de selección fue eterno porque la agencia estaba pendiente de saber si mantendrían o no una gran cuenta. Y, después de casi media docena de entrevistas, la decisión estaba entre un candidato estadounidense y yo. Paul siempre fue muy sincero y me llamó para decirme que, sintiéndolo mucho, se iban a decantar por esa otra persona. «No sabes cómo entiendo que quieras venirte si no estás a gusto en tu país. Yo mismo soy de Texas y estaba deseando salir de allí. Pero el esfuerzo y la inversión que implica ponerte al día en el mundo de los medios publicitarios en Estados Unidos es mucho mayor que si contratamos a un profesional local.» Era perfectamente comprensible. Yo no solo no conocía el mercado de los medios de comunicación estadounidenses, es que ni siquiera me podía hacer la más remota idea de lo complejísimo que es el mundo de los medios de comunicación estadounidenses.

Tras la negativa de Paul, me quedé sin la posibilidad de vivir mi sueño americano en Chicago. Nunca me familiarizaría

con esos rascacielos enormes ni con el río, no le cogería cariño a la *deep dish pizza* ni me haría experta en comida polaca, ni fan de los Bulls, ni de los Cubs, ni de los Bears. Nunca tendría que coger ese metro que transcurre por el exterior, ni limpiar el hielo del parabrisas de mi coche con un rascador.

Unos dos meses después de mi intento fallido en Chicago, un compañero de mi oficina que trabajaba en el departamento de cuentas internacionales y que sabía que yo buscaba desde hacía años desesperadamente el traslado, me escribió un sábado este mensaje:

«Belén, siento no habértelo dicho, ha sido todo tan rápido... Vi que en la oficina de Miami estaban buscando a alguien específicamente de Europa. Mi jefa en Madrid me echó una mano hablando bien de mí, así que me han pagado un vuelo para hacer una entrevista en persona... Estoy ahora en Miami, tía. Y me han hecho una oferta increíble. Espero que no te enfades, ha sido todo rapidísimo...»

Yo tragué saliva y le dije que me alegraba mucho por él. Recuerdo que cuando leí aquel mensaje estaba encerrada en el cuarto de baño de mi piso, hipando por otros motivos bien distintos. Aquel fin de semana, mi casa era el infierno.

Volví a coger el teléfono y le escribí un segundo mensaje: «Claro que no me enfado! Pero si tú te vas a Miami, ¿podrías hablar con tu jefa para que yo ocupe tu puesto en el departamento de cuentas internacionales en Madrid que dejas vacío?»

Si él lo había conseguido desde allí, yo podría ser la siguiente. Aquel equipo era mucho mejor que el mío. Incluso si no podía salir del país desde allí, era un buen movimiento dentro de mi empresa. Tendría clientes en otros países. Pasaría de planificar campañas de ofertas de supermercado a hacer estrategias para promocionar campañas de oficinas de Turismo de otros países en España, de aerolíneas, marcas de lujo, de hoteles. Mi compañero me ayudó. Y aquello no fue un

ascenso, pero sí una mejora. Y yo sentí que estaba un paso más cerca de mi sueño.

Pasaron dos años más y he de decir que, profesionalmente, yo fui feliz en aquel puesto de trabajo. Las cuentas eran una maravilla. Mi nuevo equipo era fantástico. Bajábamos todos juntos a desayunar cada mañana. No solo éramos compañeros, éramos amigos. Viajé por trabajo a Alemania, a Francia, a Italia... Fueron buenos tiempos. Lo pasábamos muy bien. Yo me apunté a clases de francés y entre eso, el gimnasio, al que empecé a ir a todas horas, y que empecé a dar clases particulares de inglés a alumnos varios a raíz de que nuestra hipoteca se disparara, la verdad es que yo pasaba muy poco tiempo en casa. Muy poco. El mínimo.

Mi matrimonio era un tira y afloja que dependía del estado emocional de mi marido. Cuando tenía un mal día o le llevaba la contraria, gritaba como un poseso, pegaba puñetazos y patadas a lo que tuviera más a mano, rompía cosas y, si estaba conduciendo, aceleraba el coche hasta el infinito y se pegaba todo lo posible al de delante solo por sentir mi miedo en el asiento del copiloto. Yo aún no era ni siquiera consciente, pero le tenía verdadero terror. Terror a enfadarle durante el día y terror a atraerle por la noche, hasta el punto de que me acostumbré a desnudarme para cambiarme de ropa siempre en el baño, a pestillo cerrado. Con él, una nunca sabía. A veces era muy celoso y otras, todo lo contrario. A veces era muy cariñoso y otras era un putito monstruo. A veces decía que me quería muchísimo y otras veces era capaz de dejar de hablarme durante dos días porque me había bebido el último refresco de la nevera y no había ido a la tienda a reponer para él. A veces nos subíamos a la sierra de escapada o a pasar el día con las perras y éramos muy felices. Pero en cualquier momento se activaba esa bomba que él llevaba dentro y saltaba todo por los aires. Y podíamos pasar del día bucólico en las montañas a obligarme a salir

del coche, en un arrebato de ira, y dejarme tirada en plena carretera.

Obviamente —o quizá no sea tan obvio— yo nunca dije nada de esto a nadie. Él ya era así antes de casarnos y ni siquiera me paré a pensar en que quizá las cosas en mi matrimonio no fueran del todo bien. Que quizá lo de aprender a maquillarme los ojos para que no se notara que estaban hinchados de la noche anterior no fuera lo más normal del mundo. Que quizá en vez de llorar y tener ataques de asma en la cama lo que tendría que estar haciendo sería gemir de placer. Nunca pensé más allá, aunque ahora me cueste reconocerlo y aún me sienta, a ratos, una imbécil integral. Al contrario, es que yo presumía a todas horas de tener una relación perfecta, un marido ideal. Y lo que es peor, me lo creía. Me lo creía de verdad. Porque aquel hombre que me hacía sentir miserable a veces era un auténtico encantador de serpientes. Podía ser maravilloso en muchas ocasiones y tenía una facilidad enorme para hacerme sentir afortunada en su compañía. Me hacía regalos constantemente. Me mandaba flores a la oficina. Cocinaba muy bien y, aunque era yo quien hacía la cena siempre en casa, a veces él me preparaba el táter con todo primor. También hacía, en ocasiones especiales, flanes y tartas para que las llevara al trabajo y pudiera compartir. Así, todo mi entorno siempre me repetía, una y otra vez, que yo tenía en casa a un hombre excepcional, me preguntaban que cómo lo había engañado, exclamaban que qué suerte tenía, me preguntaban si no tendría un hermano.

Llegué a pensar que estaba loca por querer irme tan lejos de su lado. Pero es que él, además, me decía que me apoyaba al cien por cien. Que, si ese era mi sueño, adelante. Que yo le había apoyado a él en su sueño —el de estudiar Enfermería primero y después Medicina, a pesar de estar ya casado y tener que compatibilizarlo con trabajos y vida familiar— y que ahora le

tocaba a él apoyarme a mí. Veía, de hecho, mi sueño de vivir en Estados Unidos como un proyecto en común, porque él también quería irse. «Tú vas yendo primero y, en cuanto termine la carrera y los exámenes que necesito para ejercer yo también allí, me voy contigo.» Y yo me lo creía y fantaseaba. Aunque también sabía, en el fondo siempre lo supe, que eso sería prácticamente imposible. Ni él hablaba inglés lo suficientemente bien como para aprobar esos exámenes, ni sería capaz de hacer la residencia en Estados Unidos, ni en Miami ni en ningún sitio. Pero tampoco quise pensarlo mucho, me quedé con la historia en abstracto, con el «ya veremos cómo lo hacemos». Y, por mi parte, seguí enviando currículums, probando suerte en la lotería de visados y solicitando becas sin parar.

Un día me enteré de que aquel compañero que se había ido a Miami iba a dejar la empresa para mudarse a San Francisco. Era la ocasión perfecta. Siendo yo la persona que le había sustituido a él en Madrid y que nos conocíamos por haber sido compañeros en otra empresa anterior, tenía literalmente su mismo currículum. Mismos años de experiencia, mismo nivel de inglés, misma edad. Lo único que nos diferenciaba era el género y que yo era casada y él soltero.

«Belén, me dicen que no te pueden pagar un vuelo para venir a una entrevista personal ahora mismo, pero hagámoslo todo por Skype.»

Una primera llamada con Recursos Humanos. Otra después, con mi compañero y su jefa, donde todo fue de fábula... Hasta que llegó el momento en el que mi compañero preguntó: «¿Y cuál es tu plan a nivel personal, Belenchu? Porque tú... tú estás casada».

—¿Mi plan? Ninguno. ¿Por? Yo voy primero y mi marido, de momento, se queda en España.

—Pero... ¿cómo? ¿Y no querrás volverte en cuanto veas lo que le echas de menos?

—No. Él tiene su vida y yo tengo la mía. Él está estudiando Medicina ahora, le ha costado muchísimo conseguirlo y tiene aún que terminar. Cuando termine su carrera y pueda convalidar sus estudios, se vendrá. Pero, en cualquier caso, el plan es ir yo primero, lo tenemos hablado ya.

Pasaron los días y no me decían nada. Al final, después de mucho preguntar, recibí otro mensaje de mi compañero: «Belenchu, perdona que no te dijera nada. Al final va a sustituirme otra persona, una chica francesa que vive en España ahora, muy maja. Les gustaste un montón, pero es que no les dio muy buena espina lo de tu marido, ¿sabes? A ver si te van a formar y luego vas a volverte por amor...».

Ahí lloré otra vez, esta vez de rabia. De rabia de que mi propio compañero fuera quien me la jugara. De rabia de que no se me diera la oportunidad de ser independiente. De rabia de no estar soltera, ser hombre y hacer lo que me diera la gana.

Pero, pasados unos meses, ni él ni su jefa estaban ya trabajando en la compañía y yo seguía muy pendiente de las oportunidades en las oficinas de Estados Unidos. En el verano del 2013 volvió a salir una vacante para la oficina de Miami. La oferta era, sin embargo, para un puesto inferior. Aunque pedí las mismas condiciones que había tenido mi compañero cuando él empezó en Miami dos años antes, en esa misma posición, me dijeron que ni hablar, que él «había sido una excepción». Que ni su salario, ni su bonus, ni sus billetes a España por Navidad entraban dentro de mi oferta.

El trabajo era infinitamente peor que el que yo tenía en aquel momento, con herramientas de medición de audiencias que estaban a años luz de las que utilizábamos en Madrid, ya que desde Miami se llevan campañas publicitarias para clientes que están interesados en tener presencia en Latinoamérica de forma panregional y aquello era un circo. Pero yo eso aún no lo sabía. Desde Madrid no podía imaginarme que en el ámbito

profesional iba a pasar del primer mundo al tercero. Mi antiguo compañero había estado pintando su vida en Miami como un triunfo total, aunque luego supe que se calló mucho porque a él le pesaba más aparentar que había triunfado en las Américas que contar lo que había vivido en realidad.

No sabía aún muchas cosas. Pero lo que sí sabía en ese momento era que yo ya tenía treinta y dos años y que estaba dispuesta a retroceder de puesto para aprender desde cero con tal de volar por fin. Corrían tiempos difíciles y en mi empresa estaba habiendo muchos despidos. Tantos que comenzamos a temer los «viernes negros». Si sonaba tu teléfono un viernes y quien llamaba era Recursos Humanos, eso significaba que estabas despedido. Y nunca tenían demasiado sentido esos despidos: dejaban que se marchara gente muy válida mientras que otros que no hacían nada seguían calentando su silla. No se podía saber quién sería el siguiente. Mi departamento se sostenía, pero no era particularmente rentable y teníamos miedo. Eran tiempos muy jodidos. Algunas personas que, por edad, pudieron plantearse la prejubilación, se marcharon voluntariamente, con una buena indemnización. El año anterior, nos habían dado ocho días de ERTE sin empleo y sueldo para recortar gastos. Iban las cosas muy mal. Y en esa situación laboral estaba cuando me encuentro con esa oportunidad en Miami. El sueldo anual que me ofrecían, en dólares, seguía siendo un pelín superior al que tenía yo en Madrid en aquel momento y me prometieron «regularizar mi situación», es decir, ascenderme para devolverme la categoría que tenía en Madrid, en cuestión de un año, como habían hecho con mi compañero. El seguro de salud que me ofrecían al parecer era fantástico, de lo mejorcito que existía allí. Negocié mantener los mismos días de vacaciones que en España, además de los festivos de Estados Unidos. También me pagaban mi mudanza para que pudiese llevarme mis muebles y el billete de avión de ida para mí y para mi acompañante.

Mi trabajo consistiría en planificar en medios la publicidad de una serie de marcas de lujo, con campañas en toda Latinoamérica. Claro que sí, claro que quise firmar. Podía coger una excedencia en Madrid, aunque me advirtieron de que, en realidad, tendría que firmar mi finiquito y, en caso de volver en los siguientes dos años, no me podrían garantizar mi puesto anterior de forma inmediata. Pero, en caso de contratar a alguien de mi posición, yo sería «la primera de la lista de candidatos». En realidad, no estaban contratando a nadie por aquella época. Al contrario, estaban despidiendo sin parar. Pero a mí eso no me importaba. Si me iba, era «para siempre». Allí, en Miami, estaban contratando y creciendo como locos, y esa estabilidad era lo que yo buscaba.

Si a nivel laboral las cosas se habían puesto un tanto complicadas en Madrid, a nivel personal, el enredo era, para entonces, aún mayor. A lo tonto, ya llevaba siete años casada. Durante uno de ellos vivimos separados e hicimos una terapia (o mejor dicho la hice yo de forma individual), que no sirvió de nada. Volvimos juntos cuando él quiso. Hubo cosas que fueron a peor, pero de cara a la galería todo funcionaba. Mi orgullo me impedía presentar mi matrimonio como un fracaso y no era capaz de ser sincera ni con mis amigos. Continué yendo al psicólogo que, en vez de ayudarme a salir de aquello, me enseñó a no molestar. «Si te grita es porque has activado un resorte. Mejor no le recrimines nada y ya verás como todo mejora. Si te molesta que no haga algo, hazlo tú y ya está. Tú desahógate aquí y no digas nada en casa.» Aprendí a no enfadarle más. O a no enfadarle tan habitualmente. Y llegué a pensar que, por fin, había conseguido tener un buen matrimonio, pero en realidad es que un día dejé de luchar. Pasé por alto muchas mentiras y malos tratos. Comencé a premiarle por todo lo que hacía bien en vez de quejarme por todo lo que hacía mal. Seguí presumiendo de marido ante los

demás. Y me convencí de que estar a su lado, como siempre me repetía él mismo, era lo mejor a lo que yo podía aspirar.

Con la oferta de Miami en la mano, ahora no tenía ni idea de qué sería de nuestro futuro. Ni de cómo sería mi vida con un matrimonio a unas diez horas de vuelo de distancia. Pero me pareció mucho más atractiva la idea de lanzarme a ese abismo y saber que nos veríamos un par de semanas dos veces al año que la de seguir con él igual. Disfracé la frustración de no tener una relación de pareja lo suficientemente sólida como para tomar esa decisión en bloque con la fantasía de que nuestra relación era tan fuerte que cada uno podíamos cumplir nuestros sueños de forma individual. El suyo era ser médico, sin importarle dónde o cómo. El mío era irme a vivir a Estados Unidos, sin importarme cuándo ni con quién.

¿Miami? Por qué no. A siete mil kilómetros de distancia, tanto de los teléfonos que te pueden amargar cualquier viernes en la oficina como de las peleas en casa. Miami me sonó a calma, a sol, a playa, a brisita marinera, a Julio Iglesias vestido de lino blanco, a buena comida cubana. Y a libertad también. Al fin y al cabo, ¿no me estaba yo yendo a *the land of the free?*

Y también a *the home of the brave.*

En aquella época mucha gente me dijo que estaba siendo muy valiente. Pero, en realidad, fue todo lo contrario. Yo me fui para no tener que lidiar con la vida que llevaba en España. Lo valiente habría sido no haberme casado con aquella persona que me hacía llorar a todas horas por miles de motivos. O haberme divorciado mucho antes. O, por lo menos, haber sabido ver esta oportunidad para separarme de él no solo física, sino emocionalmente. Para decirle «ahí te quedas, que yo me voy a Estados Unidos y allí no te espero». Pero no hice nada de eso. Yo me fui llorando, ciegamente enamorada aún de él. Yo había construido una vida, a mi juicio, perfecta:

había sido la primera de mis amigas en celebrar un bodorrio y en meterme en una hipoteca. Vivía en una casa muy bonita, con mis dos perras preciosas y un marido muy guapo, trabajador, inteligente, capaz de sacarse tres carreras. Sabía que echaría de menos todo aquello. Sabía que echaría de menos también mi oficina y me dolía hasta tener que dejar de dar las clases particulares de inglés a mis alumnitas en mi tiempo libre. Sabía que echaría de menos a muchas personas, animales y cosas. Pero también me decía que, si estaba dispuesta a cambiar todo eso que tenía por agarrar una carta de esas de SUERTE en el Monopoly, es que no me importaba tanto que me pudiera tocar pagar o que me enviara a comenzar de nuevo a la casilla de salida.